

Reseña capítulo 1

El primer capítulo de *La música en la escuela infantil (0-6)* plantea, desde el inicio, una idea clave: la música no es un complemento en la educación infantil, sino una dimensión constitutiva del desarrollo humano. En este sentido, los autores: Pep Alsina, Maravillas Díaz y Andrea Giráldez, con la colaboración de Judith Akoschky; construyen un discurso que articula fundamentos científicos, pedagógicos y sociales para justificar su presencia desde los primeros años de vida.

En primer lugar, los autores sustentan su postura en investigaciones que demuestran que la experiencia musical inicia incluso antes del nacimiento. Retomando aportes de investigadores como Alfred Tomatis y otros estudios sobre memoria prenatal, se afirma que el feto no solo percibe sonidos, sino que los procesa y los recuerda, lo que evidencia que la musicalidad es una capacidad intrínseca del ser humano. Esta perspectiva rompe con la idea tradicional de que la educación musical comienza en la escuela, desplazándola hacia un proceso continuo que inicia en el vientre materno. A partir de ahí, el capítulo desarrolla una mirada evolutiva del desarrollo musical entre los 0 y los 6 años. Aquí se integran distintas corrientes teóricas, como las propuestas de Shuter-Dyson, Keith Swanwick y David Hargreaves, que permiten comprender el desarrollo musical no como una secuencia rígida, sino como un proceso en espiral donde las capacidades emergen, se reorganizan y se complejizan progresivamente. En esta línea, los autores resaltan que todos los niños son “intrínsecamente musicales”, retomando ideas de Sandra Trehub, lo cual implica que el entorno será determinante en el desarrollo o limitación de dichas capacidades.

Por otro lado, se evidencia una postura crítica frente a la concepción utilitarista de la música. Si bien se reconocen los beneficios cognitivos —como el desarrollo de la memoria, la concentración o la coordinación—, los autores insisten en que su valor no debe reducirse a estos efectos. La música es presentada como un medio de expresión, comunicación y construcción de sentido, más allá de su impacto en otras áreas del aprendizaje. Esta distinción resulta fundamental, ya que posiciona la educación musical como un fin en sí misma y no únicamente como un recurso pedagógico.

En relación con el contexto social, la perspectiva de John Blacking aporta una dimensión cultural al análisis. Desde su enfoque, la música no puede entenderse al margen de la sociedad, ya que su significado depende de la experiencia cultural de cada individuo. Esto lleva a los autores a afirmar que la familia y el entorno social actúan como mediadores esenciales en el desarrollo musical, siendo responsables de generar (o limitar) oportunidades de contacto con la música.

Asimismo, el capítulo problematiza el papel de los docentes, especialmente desde la discusión entre maestros generalistas y especialistas. Aquí se retoma la postura de Janet Mills, quien defiende que la música debe ser parte del quehacer cotidiano del maestro de aula, y no una práctica aislada delegada únicamente a especialistas. Esta idea se alinea con la visión de los autores, quienes consideran que todos los docentes pueden enseñar música, siempre que desarrollen ciertas habilidades básicas y comprendan su sentido pedagógico.

Finalmente, el capítulo introduce una distinción conceptual clave: “educación musical” versus “música para educar”. Mientras la primera se orienta al desarrollo de capacidades musicales, la segunda utiliza la música como medio para otros aprendizajes. Lejos de plantearlas como opuestas, los autores proponen una integración de ambas, destacando la necesidad de una planificación consciente que responda a intenciones educativas claras. En síntesis, el capítulo construye una visión amplia y compleja de la educación musical en la infancia, donde convergen perspectivas biológicas, psicológicas, sociales y pedagógicas. Más que ofrecer recetas, invita a repensar el lugar de la música en la escuela y en la vida, reconociéndola como una experiencia fundamental para el desarrollo integral del niño. Desde esta mirada, no incluirla de manera consciente en la educación infantil no es una omisión menor, sino la pérdida de una oportunidad formativa profundamente significativa.